



GIOTTO

«Sé que los años son para algunos como tempestades de arena que agostan la fe. El Señor me ha preservado a mí de sequedad y me restituye en la senectud claridades de paraíso. Cuando me enamoré de Cinta, todo bajo el sol era nuevo. Todo: la luz, el aire, el temblor del árbol y del agua. Ni para el rey Salomón se encendía la noche en oros tan acendrados como para nosotros aquel verano en Fiésol. Junto al aria del ruiseñor, era también celeste la nota de cristal del sapo. Pues ahora el mundo ha rejuvenecido otra vez, como por sortilegio, para mí. Si existe un presente gratuito de lo alto, es éste de que todo me sonría como si estuviese recién hecho. Recordemos que el Altísimo se recreó en su obra y que no hay ser ni cosa que no conserven la señal de su mano. Me lo decía Cimabúe cuando pasaba la suya rugosa por las materias que se pue-

den labrar. Siempre vi en su taller mármoles cuyas vetas parecían latir, maderas de ébano de terebinto o de ácana, aceros de repujar armaduras y hasta arcillas de las que van a transfigurarse al horno y al torno. Sí. Cimabúe les pasaba la diestra lentamente, como quien acaricia el lomo de un animal querido. Hago lo que él, y como él la mano en el jaspe o en la seda, detengo yo los ojos en la voluta de una llama o en la vaguedad de una nube. Sin vanagloria por mi parte, imagino que el cielo me paga en la vejez la nobleza con que he pintado en la juventud. Piensa en mis «Anunciaciones» para los Scrovegni de Padua o en mi «Huída a Egipto», o en la «Ultima Cena», o el «Descendimiento de la Cruz», o la «Ascensión», y dime: ¿No los pinté estremecido en las raíces más hondas de mi ser; no los pinté como si estuviese yo de rodillas? Así compuse los episodios de la vida del Poverello para Santa Croce de Florencia, o para la Iglesia Superior de Asís; así, mis trabajos de Roma y